

Narrador y técnica narrativa en “La peste” de Albert Camus

Antonio García Velasco

Comenzamos diciendo que la novela *La peste* de Albert Camus se nos presenta como una crónica: “*Los curiosos acontecimientos que constituyen el tema de esta crónica se produjeron en el año 194... en Orán*”. Muchos años después, García Márquez titula su novela *Crónica de una muerte anunciada*. Y no son pocos los autores que han empleado esta palabra como título y/o técnica narrativa. La crónica se define como: 1) “Historia en que se observa el orden de los tiempos” y 2) “Artículo periodístico o información radiofónica o televisiva sobre temas de actualidad”. Pero artículo o información con una serie de características, tales como la narración de los hechos según el orden temporal en que ocurrieron, a menudo contados por testigos presenciales o contemporáneos, ya sea en primera o en tercera persona. Es decir, cuando se nos habla de crónicas —o se nos presenta una novela como crónica— se sugiere que la relación de hechos es cierta o, el caso de la novela, verosímil. Es precisamente este carácter de verosimilitud el que pretende el autor de *La peste*, que pone la narración en voz o pluma de un cronista que hace la advertencia de que

“Estos hechos parecerán a muchos naturales y a otros, por el contrario, inverosímiles. Pero después de todo, un cronista no puede tener en cuenta esas contradicciones. Su misión es únicamente decir: “Esto pasó”, cuando sabe que pasó en efecto, que interesó la vida de todo un pueblo y que por lo tanto hay miles de testigos que en el fondo de su corazón sabrán estimar la verdad de lo que dice”.

Tal declaración nos revela, sin duda, que el autor es plenamente consciente de su técnica y, como se verá, “juega” con ella, en el sentido de ir dando pistas para que sea el propio lector quien concluya sobre la identidad del personaje narrador. Nos dice a continuación de la cita anterior: “*Por lo demás, el narrador, que será conocido a su tiempo, no tendría ningún título que arrogarse en semejante empresa si la muerte no le hubiera llevado a ser depositario de numerosas confidencias y si la fuerza de las cosas no le hubiera mezclado con todo lo que intenta relatar*”. O sea, Albert Camus nos evidencia la técnica que va a emplear: la del personaje narrador, si bien, con certeza, no conoceremos su identidad hasta el final de la novela. Nos irá dando esas pistas aludidas, como si pretendiese que el lector se involucrara en el descubrimiento del personaje que

relata los hechos, presentados siempre en tercera persona, incluso cuando se copian o resumen los apuntes de otro de los personajes, Jean Tarrou, apuntes de los que el cronista dice que

“constituyen también una especie de crónica de este período difícil. Pero son una crónica muy particular, que parece obedecer a un plan preconcebido de insignificancia. A primera vista se podría creer que Tarrou se las ingeniaba para contemplar las cosas y los seres con los gemelos al revés. En medio de la confusión general se esmeraba, en suma, en convertirse en historiador de las cosas que no tenían historia”.

El autor nos va informando así de su técnica o plástica narrativa. Si el “primer cronista” va a narrar los hechos más sobresalientes de los que fue testigo, el segundo, Tarrou, ofrecerá el testimonio de los detalles aparentemente insignificantes, pero que presentan notas humanas y testimoniales de la vida en esos momentos de amenaza de la epidemia. Y lo hace por medio del depositario de tales apuntes, el cronista que hemos llamado primero.

Exceptuando el resumen de los apuntes de Tarrou, como lectores, podemos observar que todo lo que se nos cuenta, aunque en tercera persona, ha sido observado o protagonizado por el doctor Rieux, nombre que aparece en 522 ocasiones, frecuencia relativa del 6,323 por mil, sin contar las veces que se nombra sólo como “doctor”: son, en total, 82.547 palabras, de las que son distintas 9.834 en la versión española que hemos manejado. En la versión francesa, las cifras son similares: Rieux: 527 concurrencias; frecuencia relativa de 6,322 por mil; 83.197 palabras totales, distintas: 10.625. Como queda dicho, siempre se narra en tercera persona. El hecho de que todo lo narrado haya sido observado o protagonizado por Rieux nos va creando el convencimiento de que él es el narrador, el cronista. Cuando los apuntes de su amigo, resumidos por el propio cronista, nos muestran el retrato de Rieux, el narrador comenta: “*A título de documento podemos, en fin, reproducir el retrato del doctor Rieux por Tarrou. A juicio del narrador, es muy fiel*”. Es el procedimiento técnico que Camus utiliza para que el lector conozca a su personaje narrador:

"Parece tener treinta y cinco años. Talla mediana. Espaldas anchas. Rostro casi rectangular. Los ojos oscuros y rectos, la mandíbula saliente. La nariz ancha es correcta. El pelo negro, cortado muy corto. La boca arqueada, con los labios llenos y casi siempre cerrados. Tiene

un poco el tipo de un campesino siciliano, con su piel curtida, su pelambre negra y sus trajes de tonos siempre oscuros, que le van bien". // "Anda deprisa. Baja de las aceras sin cambiar el paso, pero de cuando en cuando sube a la acera opuesta dando un saltito. Es distraído manejando el coche y deja muchas veces las flechas de dirección levantadas, incluso después de haber dado vuelta. "Siempre sin sombrero. Aires de hombre muy al tanto".

Las notas sobre la técnica empleada son frecuentes: a las ya apuntadas hemos de añadir la siguiente:

"...Esto es lo que le autoriza a hacer trabajo de historiador. Por supuesto, un historiador, aunque sea un mero aficionado, siempre tiene documentos. El narrador de esta historia tiene los suyos: ante todo, su testimonio, después el de los otros puesto que por el papel que desempeñó tuvo que recoger las confidencias de todos los personajes de esta crónica, e incluso los textos que le cayeron en las manos. El narrador se propone usar de todo ello cuando le parezca bien y cuando le plazca. Además, se propone... Pero ya es tiempo, quizás, de dejar los comentarios y las precauciones de lenguaje para llegar a la narración misma".

Los indicios para que, como lectores, aceptemos el testimonio fiel del narrador aparecen en cualquier momento de la narración: "*...lo primero que la peste trajo a nuestros conciudadanos fue el exilio. Y el cronista está persuadido de que puede escribir aquí en nombre de todo lo que él mismo experimentó entonces, puesto que lo experimentó al mismo tiempo que otros muchos de nuestros conciudadanos*". Ciertamente, el cronista se presenta a sí mismo no sólo como conocedor de los hechos, sino como "sufridor" de los mismos.

La idea de exilio, de aislamiento es reiterada a lo largo de la novela, dando testimonio el narrador de la sensación propia como la de aquellos que le son cercanos por circunstancias diversas:

"Pero si esto era el exilio, para la mayoría era el exilio en su casa. Y aunque el cronista no haya conocido el exilio más que como todo el mundo, no debe olvidar a aquellos, como el periodista Rambert y otros, para los cuales las penas de la separación se agrandaban por el hecho de que habiendo sido sorprendidos por la peste en medio de su viaje, se encontraban alejados del ser que querían y de su país".

Son de nuevo las pistas, junto a los comentarios que se incluyen sobre la vida del periodista Rambert, de que es el propio Rieux el narrador. En cierta ocasión habla de los amantes separados y, sin dudarlo, alude al conocimiento de las sensaciones y sufrimientos de los mismos: él está separado de su mujer que hubo de machar de Orán por motivos de salud, antes del inicio de la peste. Nos dice así:

“Por ocuparnos, en fin, de los amantes, que son los que más interesan y ante los que el cronista está mejor situado para hablar, los amantes se atormentaban todavía con otras angustias entre las cuales hay que señalar el remordimiento. Esta situación les permitía considerar sus sentimientos con una especie de febril objetividad, y en esas ocasiones casi siempre veían claramente sus propias fallas”.

Cuando el cronista no ha sido testigo directo de los hechos que narra, cita sus fuentes y, por supuesto, justifica su “desconocimiento”: *“Sucede que el cronista ocupado en otros sitios no los ha conocido y por esto no puede citar aquí más que el testimonio de Tarrou”*. O: *“Había también en la ciudad otros muchos campos de los que el cronista por escrúpulo y por falta de información directa no puede decir nada”*. Se ve obligado, pues, a mencionar ciertos hechos de una manera general.

Como justificación a la actitud de su cronista, el autor, valiéndose de padre Paneloux, nos ofrece el testimonio del cronista de otra peste: *“Quería recordar únicamente que cuando la gran peste de Marsella, el cronista Mathieu Marais se había lamentado de sentirse hundido en el infierno, al vivir así, sin ayuda y sin esperanza”*. Y, aunque pueda parecer una digresión, hemos de añadir el hecho de que el padre Peneloux, cuyos sermones escucha el doctor Rieux, permite presentar el testimonio de un cristiano comprometido, que, en un principio al menos, presenta a Dios como solución de todos los problemas, pero que, después, se entrega a lucha directa contra la peste, de la que, finalmente, muere víctima. Pese a ir a escuchar los sermones de Peneloux -¿cómo dar testimonio de lo que decía el sacerdote sin escucharlo?-, las opiniones de ambos difieren sustancialmente, ya que el doctor no cree en Dios: *“-¿Cree usted en Dios, doctor? // También esta pregunta estaba formulada con naturalidad, pero Rieux titubeó. // -No, pero, eso ¿qué importa? Yo vivo en la noche y hago por ver claro”*. Y, por supuesto, se entrega sin descanso a atender a los enfermos, pues *“si él creyese en un Dios todopoderoso no se ocuparía de curar a los hombres y le dejaría a Dios ese cuidado”*.

Ante unas líneas como las que siguen, el lector puede sentirse persuadido a abandonar la idea de que Rieux no es el cronista: “*Desde este punto de vista, el cronista estima que, más que Rieux o Tarrou, era Grand el verdadero representante de esta virtud tranquila que animaba los equipos sanitarios*”. Pero, el hablar de Rieux como personaje ajeno es la tónica general de la novela de Camus.

Los “guiños” del autor tanto a favor de que el lector descubra la personalidad del cronista como para ocultarla son evidentes. En tal sentido, a veces, el autor parece querer ocultar la identidad del cronista. Por ejemplo: cómo médico, el doctor Rieux tuvo que verse involucrado en los trámites de los entierros de las víctimas de la peste. Así, cuando se ve obligado a hablar de ello se ocupa de no decir cómo ni por qué ha de ocuparse de tales casos:

“Pues evidentemente hay que hablar de los entierros, y el cronista pide perdón por ello. Bien sabe el reproche que podrán hacerle a este respecto, pero su única justificación es que hubo entierros durante todo este tiempo y que en cierto modo se vio obligado, como se vieron todos nuestros conciudadanos, a ocuparse de los entierros”.

En otras ocasiones, como se ha dicho, los indicios para la identificación de Rieux como cronista son evidentes, tales como el conocimiento que el cronista manifiesta del doctor y sus sensaciones o sentimientos: “*No, la peste no tenía nada que ver con las imágenes arrebatadoras que habían perseguido al doctor Rieux al principio de la epidemia*”.

Justificando de nuevo el estilo de la crónica, Albert Camus hace decir a su personaje narrador:

“...el cronista sabe perfectamente lo lamentable que es no poder relatar aquí nada que sea realmente espectacular, como por ejemplo algún héroe reconfortante o alguna acción deslumbrante, parecidos a los que se encuentran en las narraciones antiguas”.

Con ello, el autor nos está dando una característica de su narrativa general y la importancia que tiene para él la vida de las personas corrientes: pensemos, a este respecto, en el personaje de *El extranjero*. En la misma línea de justificación de un estilo tenemos la siguiente cita: “...por no traicionarse a sí mismo, el cronista ha

tendido a la objetividad. No ha querido modificar casi nada en beneficio del arte, excepto en lo que concierne a las necesidades elementales de un relato coherente”.

Hemos hablado de Tarrou como de otro personaje narrador, en tanto que escribe su propia crónica que deja en manos del doctor Rieux. Este enjuicia dicha crónica con estas palabras:

“...las páginas de Tarrou terminan con un relato que ilustra la conciencia singular que invadía al mismo tiempo a Cottard y a los pestíferos. Este relato reconstruye, poco más o menos, la atmósfera difícil de la época y por esto el cronista le asigna mucha importancia”.

Es al final de la novela, como se ha dicho, cuando el cronista nos dice:

“...el doctor Rieux decidió redactar la narración que aquí termina, por no ser de los que se callan, para testimoniar en favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”.

Y, pese a tal declaración, la crónica sigue en su estilo: *“Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada”*. De nuevo el mito de Sísifo porque si la peste ha sido vencida

“...el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.

Conclusión

El autor decide escribir al estilo de las crónicas - narración de los hechos según el orden temporal en que ocurrieron, narrados a menudo por testigos presenciales o contemporáneos, ya sea en primera o en tercera persona- y, en consecuencia, adopta la técnica del personaje narrador que sólo habla de los que ve y, en ocasiones, de lo que le han contado o han escrito otros. La técnica escogida es explicada reiteradamente con palabras y planteamientos distintos. El personaje narrador se encarga de tales

explicaciones. Con independencia de la técnica, los temas recurrentes del autor, van apareciendo a lo largo del relato: preocupación existencial, filantropía, solidaridad, papel de Dios y de los hombres en el mundo, mito de Sísifo... Pero no era éste el tema del trabajo aquí expuesto y, por tanto, lo procedente es acabar en este punto.